

## ***Nuevas ideas para medir la felicidad***

La crisis financiera que estalló en 2008 fue de tal calibre que durante los meses siguientes se abrieron debates políticos y académicos hasta entonces vetados intelectualmente. Se habló de la necesidad de refundar el capitalismo, de generar un nuevo gobierno mundial para controlar la economía globalizada, y de avanzar hacia un nuevo paradigma económico completamente sostenible. Poco a poco esos debates se fueron apagando o se fueron transformando en iniciativas políticas con menor recorrido.

Cuando han pasado más dos años y algunos países comienzan a salir de la recesión económica que provocó aquella crisis hay, sin embargo, algunos debates que continúan. Probablemente, el más interesante de todos ellos es el relativo a la "economía de la prosperidad", entendida como una evolución positiva de la "economía del crecimiento". Según el Profesor Tim Jackson, que dirigió el Informe de la Comisión para el Desarrollo Sostenible del Reino Unido titulado "Prosperity Without Growth?" ("¿Prosperidad sin desarrollo?"), "la prosperidad consiste en nuestra habilidad para florecer como seres humanos, dentro de los límites ecológicos de nuestro planeta". En este sentido, la prosperidad iría más allá de las cuestiones materiales tradicionalmente asociadas al incremento de bienes y servicios que producimos y consumimos en todas las sociedades avanzadas (contenidos dentro de las estadísticas del Producto Interior Bruto -PIB), y tendría más que ver con nuestra calidad de vida, la salud que tenemos y la convivencia con nuestro entorno natural. Es decir, tendría más que ver con los elementos que nos hacen felices, que con los que aumentan nuestro bienestar material.

Esta idea caló de forma inesperada el año pasado entre líderes políticos de derechas como Sarkozy o Cameron, aunque desde los años 70 este debate sólo se había mantenido vivo gracias al trabajo de pocos economistas heterodoxos de izquierdas. Para demostrar su compromiso con una idea que podía dulcificar su imagen pública en medio de los recortes sociales que estaban acometiendo, tanto Sarkozy como Cameron pusieron en marcha comisiones técnicas para avanzar en la instrumentalización práctica de esa nueva perspectiva económica. A ese proceso se sumaron economistas progresistas como Stiglitz, Sen o Fitoussi, y también organismos internacionales como la OCDE y la Comisión Europea, que pusieron a sus oficinas de estadística a buscar mejores maneras de medir la prosperidad de las sociedades y el bienestar (¿o la felicidad?) de los ciudadanos.

En este momento, hay tres procesos en marcha, ninguno de ellos mutuamente excluyentes. En primer lugar, el proceso que avanza más deprisa es el de intentar ajustar el marco actual de cuentas nacionales de renta para que incorporen de forma más adecuada el bienestar asociado a la producción nacional (por ejemplo, excluyendo del PIB aquellos productos que destrozan el medioambiente, o dando más peso a aquellos que son mejores para la salud). En segundo lugar, se está intentando dar más frecuencia y calidad a los indicadores relacionados con la calidad de vida (desde la esperanza de vida, a la tasa de robos, el porcentaje de suicidios o la desigualdad de renta), al tiempo que se producen otros que aún no existen de forma comparable y sistemática (como la frecuencia de la recogida de basuras, el tiempo de espera en los centros comerciales, o el tamaño de los atascos de tráfico). Finalmente, y más allá de esos nuevos indicadores objetivos, el tercer proceso que se está

abriendo camino en este nuevo contexto es el que intenta producir indicadores subjetivos que tratan de medir el bienestar (o la felicidad) de la población preguntando directamente a los ciudadanos.

Es este último punto el que más innovador e interesante, pese a que es el que menor atención mediática ha recibido, y pese a que con toda seguridad es el que sufrirá mayor distanciamiento entre la rapidez de los avances académicos y la lentitud de las iniciativas oficiales.

Hasta ahora, la manera más fácil de encuestar a los ciudadanos sobre su felicidad era pedirles que se situaran en una escala de 0 (infeliz) a 10 (feliz). El problema es que la puntuación de la felicidad varía mucho entre personas y entre países, y esto ocurre porque tanto los ciudadanos como los encuestadores tienden a confundir dos expresiones básicas de la felicidad, como son la satisfacción vital y el estado de ánimo. Es crucial diferenciarlas entre sí porque son dos formas alternativas de aproximarse a la felicidad, la primera de carácter más estructural y la segunda de carácter más coyuntural: la satisfacción vital está muy condicionada por las expectativas vitales de cada individuo (que muchas veces tienen también una buena dosis de condicionamiento social). Y a su vez, el buen estado de ánimo tiene mucho más que ver con haber vivido experiencias reales de alegría y felicidad. Así, por ejemplo, una encuesta recogida por Tim Haford (autor de *The Undercover Economist - El economista camuflado*), demostraba que las mujeres de Columbus (Ohio, EE.UU.) eran el año pasado dos veces más felices que las mujeres de la localidad de Rennes (Francia), si bien estas últimas parecían estar la mayor parte del día con un buen estado de ánimo.

Para evitar mezclar un concepto con otro, es necesario separar ambas formas de medir la felicidad. Y aún así, esa ortodoxia no evitará diferencias sorprendentes entre unos países y otros. Por ejemplo, en el último Eurobarómetro que preguntó por esta cuestión, el 64% de los daneses se mostraron "muy satisfechos" con sus vidas, mientras que sólo el 16% de los franceses mostraron ese mismo grado de satisfacción vital. Puede ser que una parte de esa diferencia se deba a condiciones objetivas diferentes, pero otra buena parte se debe probablemente a una forma distinta de afrontar la vida que puede tener un origen cultural, y que es muy difícil de medir.

Los últimos avances en la Economía de la Felicidad medida de forma subjetiva son los realizados por el hasta hace poco economista jefe del Tesoro norteamericano Alan Krueger, conjuntamente con el conocido psicólogo y ganador del Premio Nobel Daniel Kahneman. Estos dos investigadores se propusieron desarrollar un nuevo indicador sobre los estados de ánimo que permitiera hacer comparaciones entre personas y entre países, más allá de los matices conceptuales individuales o de los contextos culturales. Para ello han ideado un sistema de encuestas basado en el *Day Reconstruction Method (DRM)*, mediante el cual piden a los entrevistados que recuerden las actividades que realizaron el día anterior a la encuesta, y les solicitan que indiquen qué cantidad de tiempo les dedicaron y qué tipo de sentimiento les producía pensar en cada una de esas actividades: estrés, paz, agotamiento o júbilo,

Krueger y Kahneman proponen hacer encuestas de forma masiva a la población de los países y repetirlas con frecuencia. De esa manera podría avanzarse en la contabilidad de los

usos del tiempo, de tal forma que además de saber cuántos productos produce un país (PIB) podríamos saber en qué emplean el tiempo sus ciudadanos (no sólo cuando trabajan, sino también cuando disfrutan del ocio o desarrollan relaciones sociales y familiares).

En Estados Unidos ya hay encuestas del US Bureau of Labour Statistics que preguntan a la población cuánto tiempo dedican a cocinar, a conducir de casa al trabajo, o a ver la televisión. La novedad es que a partir de 2011 las complementarán con la metodología DRM desarrollada por Krueger y Kahneman, lo que nos permitirá saber cómo se sienten los ciudadanos al hacer según qué actividades, y cuánto tiempo han de dedicar a actividades que no les resultan placenteras y que por tanto les hacen infelices.

Al aplicar este nuevo sistema podremos hacer comparaciones entre personas, grupos sociales y países. Podremos saber si las mujeres pasan más tiempo que los hombres haciendo tareas que no les gustan, o si los mayores viven su tiempo de forma más relajada que los jóvenes. Pero lo más importante es que podremos evaluar si las políticas públicas para mejorar las infraestructuras y reducir los atascos, para aumentar o limitar las horas extras en el trabajo o para construir más parques y zonas infantiles, tienen un impacto positivo real en el estado de ánimo (y por tanto de la calidad de vida) de los ciudadanos a los que van dirigidas. Con ello, las decisiones políticas y las inversiones económicas tendrán una relación mucho más directa con la felicidad de los ciudadanos, lo que supondrá un gran salto hacia adelante en el contrato democrático entre gobernantes y gobernados.

Amy Martin